

---

ALFONSO CASTRO

EL TITÁN Y LA FLECHA

*Nueve ensayos de literatura española*

GRANADA, 2022

---

## SUMARIO

|                               |      |
|-------------------------------|------|
| PRESENTACIÓN (2018) . . . . . | XIII |
| PRÓLOGO (1998) . . . . .      | XVII |

### PÓRTICO

|                                     |   |
|-------------------------------------|---|
| 1. HOMERO O LA LITERATURA . . . . . | 3 |
|-------------------------------------|---|

### 1.ª PARTE

|  |    |
|--|----|
| 2. TRAYECTORIAS DEL SIGLO DE ORO . . . . .               | 9  |
| 3. EL COLECCIONISTA (SEBASTIÁN DE COVARRUBIAS) . . . . . | 57 |

### 2.ª PARTE

|   |    |
|---|----|
| 4. CERVANTES O LA VERDAD . . . . .              | 67 |
| 5. EL VUELO DE LA PLUMA: LOPE DE VEGA . . . . . | 73 |

### 3.ª PARTE

|  |    |
|--|----|
| 6. EL ÓVALO DEL ESPEJO (MORATÍN) . . . . . | 83 |
|--|----|

### 4.ª PARTE

|   |     |
|---|-----|
| 7. EL TITÁN Y LA FLECHA . . . . .             | 99  |
| 8. CUATRO POETAS MALDITOS DE ESPAÑA . . . . . | 103 |

### FINAL

|                          |     |
|--------------------------|-----|
| 9. NOVA IBERIA . . . . . | 137 |
|--------------------------|-----|

### APÉNDICES

|  |     |
|--|-----|
| CUADERNO BIBLIOGRÁFICO (1998 [2002]) . . . . . | 153 |
| APÉNDICE FINAL (2002-2018) . . . . .           | 213 |
| ÍNDICE DE NOMBRES (2021) . . . . .             | 241 |

---

## PRESENTACIÓN

Este que aquí se presenta, *El titán y la flecha. Nueve ensayos de literatura española*, fue mi primer texto literario en ver la luz, apenas iniciado el siglo siguiente al que concluía cuando fue escrito. Tenía treinta y tres años cuando vio la luz de la obscuridad que es casi siempre, y siempre a la larga, la edición de un libro. Voz sin eco, entre tantos ecos sin voz que también abundan. Luz oscura. Obscuridad con un fondo de luz en una almendra germinal, diluida apenas dicha. Poco después, se editaría *Los caminos del agua* (Ediciones El desembarco, 2004), gracias a la generosidad de Paco Aranguren y de José Manuel Sánchez del Águila, que fue quien me lo presentó y quien recomendó la obra. Diez años después vería la luz de las prensas otra obra mía de naturaleza literaria, *El breviario de Sevilla* (El Giraldillo, 2014), gracias a la querencia de Alfredo Correa, que ya había publicado alguno de mis libros jurídicos y se había ocupado de la exquisita impresión de los volúmenes de *Annaeus. Anales de la Tradición Románica*, de la que soy director, a partir del tercer número, en 2006. Pero a diferencia de estos dos libros de perfil literario, que tuvieron ediciones pequeñas pero cuidadas, aquel primero publicado cinco años después de ser escrito por vez primera, en una edición deleznable por su calidad y número de ejemplares, prácticamente no existió como tal, salvo en mi cabeza y en la de sus poquísimos lectores, que generosamente supieron apreciarlo, animándome siempre a una reedición que más que eso hubiese podido ser calificada, de haberse producido, de edición verdaderamente primera: nueva por ello. Otros nuevos potenciales lectores lo han buscado luego, sin ningún éxito, lo que me hizo alentar desde el principio la intención de darlo a la

luz de nuevo de la imprenta, muerte siempre más apropiada de un libro que cualquiera otra. Tuve otras cosas en que ocuparme, al menos igual en eso que Cervantes, y pasaron veinte años, que son mucho, todo, nada entre la composición de este libro y su definitiva edición, ahora, en la que sin duda es la primera Editorial andaluza, Comares, gracias a la oportunidad brindada por Miguel Ángel del Arco, uno de los editores más comprometidos que conozco (si no el que más) con el libro que edita (con el libro en sí). Ha animado mucho a su publicación Miguel Polaino Orts, que pretendió su edición donde quizá no había que haberlo siquiera pensado, uno de los más leales lectores que uno ha tenido la fortuna de tener (otro es Quino Garrido Martín, lector del milenio nuevo), desde que lo conocí en las aulas de la Facultad de Derecho en los años 90 del pasado siglo: los años en que se gestó este libro. Fernando Llano, Luis López Valpuesta, a quienes se dedican ensayos en este volumen, y aquel viejo grupo de amigos universitarios con quienes aún compartimos en Sevilla tantas cosas (Fran Pérez Blanco, Javi Valdecantos, Fate García-Junco, Rocío Fernández Palacios, Lucía Díaz Cañaverall, Rafa Álvarez de Toledo), como Paco Pérez Valencia, hermano verdadero de tiempos franciscanos (y entenderán la referencia los que como nosotros estudiaron en el sevillano San Francisco de Paula), son otros cómplices potenciales de estas páginas que, como todas las por uno escritas, tienen presente de un modo u otro a quienes van dedicadas ahora, tras la juventud que tanto empaña, *ahora sí para siempre*. Nieves López Santana, Nieves y Manuela Castro López, amores de una vida y no solo de una infancia.

Una cátedra que ganar y atender, el decanato luego de la Facultad más grande y más antigua de Andalucía y no pocos empeños romanísticos por en medio han saciado durante todos estos años, por razones distintas, esa sed que conduce a editar —no siempre justificadamente, pues *nescit vox missa reverti*— parte de lo que se escribe, aunque en mi caso es mucho más lo escrito que lo publicado, sobre todo en el ámbito de la creación literaria, atendiendo a aquel viejo consejo también de Horacio: *si quid tamen olim scripseris (...) nonnumquam prematur in annum/membranis intus positus*<sup>\*</sup>.

Esta edición en gran parte primera (postprimera: presegunda) ve la luz, además, despiojada de las abundantes y minúsculas erratas

\* Todo ello en *Ars poet.*, 390, 386-389, respectivamente.

que defecaron sobre la (pre)primera y en la versión completa que, por razones que no hacen al caso detallar aquí, no fue la que vio la luz hace más de quince años, cuando quedaron por el camino todas las incorporaciones realizadas en unas pruebas de imprenta que no fueron tales: algunas líneas amputadas entonces son restituidas a aquel texto donde un joven escritor velaba armas con sus amores primeros, que son siempre los literarios. Nada más se ha tocado en estos nueve ensayos, a los que solo se añade un breve apéndice bibliográfico y textual, fruto de la relectura de aquel material amado. Pues los libros son reflejo de quien uno era al escribirlos y, en el libro, sigue siendo: presente perpetuo, que no debe reescribir el futuro, sino, todo lo más, releer u olvidarlo.

Sevilla, otoño de 2018

Postdata: En este invierno prepostpandémico de 2021 que aún no ha dejado de llevarse cosas me gustaría añadir aquí, junto al felizmente recuperado Paco Baena Bocanegra, los nombres de quienes pienso podrán también apreciarlo entre mis compañeros casi de diario: Juan Antonio Carrillo Donaire, Antonio Ojeda, Ángel López, finos degustadores, desde lo jurídico, de los deleites inacabables de lo literario.

---

## PRÓLOGO

Cervantes o la verdad, digo en este libro. Cervantes o el amor, podría haber dicho (*he dicho*, pues lo digo aquí). Una esponja toda llena de amor, de amor de vida, de ansia de vivir, sin duda acrecentada hasta un límite inverosímil, que no podemos llegar a aprehender, por sus cinco años de cautiverio en Argel. Pero lo que se da, termina por recibirse, aunque sea en otra vida, en esa *otra vida* que son los libros. Sobre esa vida, más verdadera y enriquecida que la vida que se vive y nos malvive, trata este libro; sobre ese amor, van estos nueve ensayos. Cervantes ha sido —es aún— uno de los grandes amores de mi vida y, sin duda, de los pocos que no me ha producido una sola hora de sinsabor. Esa ventaja tienen los libros: no piden (salvo atención); dan solo. Como Cavañis, como Velázquez, como Picasso, como Bach, como muy pocas cosas en la vida, Cervantes no decepciona jamás; los hombres y las mujeres que tratamos, que somos, lo hacen (lo hacemos) constantemente. Es éste un libro, por tanto, forjado de libros, más aún, de literatura, y más aún, todavía, de amor. De amor por esos *seres* callados, de lealtad inquebrantable, que, como la masturbación, procuran al hombre un placer que depende sólo de sí mismo. Es la literatura un acto gigantesco de onanismo y los libros, sin hablar, dicen; a veces, en las noches claras de luna, *dictan*.

Como dictados, como brotados de lo *hondo* que hay en mí, fueron escritos estos nueve capítulos, en dos secuencias muy diferenciadas: tras un bosquejo del contenido de la obra en el mes de abril, los siete primeros se compusieron entre junio y julio de 1997; los dos últimos, una ampliación en los elementos del segundo y el *Cuaderno bibliográfico* en diciembre del año 98. Los ensayos corales, como se ve,

se redactaron más de un año después que los de tema individual; en medio, tuve cosas más prosaicas en las que ocuparme y todo lo que *produje*—no vale quizás aquí el término *crear*, en general vedado a los tediosos escritos universitarios— fueron obras jurídicas: la corrección de un libro de herencias, la redacción de ocho densos artículos en revistas especializadas y varias comunicaciones en congresos nacionales e internacionales, una pérdida de tiempo, lo sé, que sólo a los muy necios puede llenar de un orgullo vacío.

Algo, quizás, aunque poco, conviene apuntar sobre estas piezas de mi propio rompecabezas. El primer ensayo es, como se *pre-dice*, un pórtico, no sólo al libro que inicia, desde luego: un pórtico, también, al pórtico de la literatura de Occidente y, más veladamente, al de la literaria forma española de ser Occidente. *Pórtico de pórticos*, en él un hombre, o dos, escuchan, miran, beben, también hacen, y ese hacer se repite en todos los hombres cuyo hacer es su decir, cuyo paso por la historia ha sido, como el de ellos, la palabra. Ha sido, *es*. ¿Qué es Homero sino una palabra? ¿Qué es el ciego de Esmirna sino las palabras, los versos que hoy leemos bajo su nombre? Homero es, más que un hombre, un nombre. Los demás ensayos, a excepción, quizás, del séptimo, versan sobre temas delineados diáfananamente desde el principio de sus mismos títulos. «*Trayectorias del Siglo de Oro*», «*Cuatro poetas malditos de España*» y «*Nova Iberia*» son ensayos corales; «*El óvalo del espejo (Moratín)*» tiene un objeto sólo relativamente individual y en él lo que se prohija es una reivindicación de la literatura de nuestro XVIII. Los restantes se ocupan de escritores concretos, cumbres de nuestras letras (Cervantes, Lope de Vega) y de uno no reconocido como tal, por cerrazón o desconocimiento (Covarrubias); sobre el ensayo que cede su título a toda la colección, baste con decir que se dedica al que me parece más grande escritor de nuestras letras, tras Cervantes.

Se hacen necesarias, creo, unas líneas finales sobre la redacción de los ensayos y la razón de ser del cuaderno bibliográfico. La composición natural de estas páginas se hizo de corrido y sin apenas acudir a la cita ajena. Luego, al repasar los nueve ensayos, cuyas notas eran escasísimas y en modo alguno científicas, sino de contenido igualmente literario, comencé, casi sin darme cuenta, a anotarlas profusamente, y en esta inercia, auspiciada sin duda por una deformación inconsciente de profesor universitario, llegué a añadirle al texto hasta setenta y seis notas bibliográficas a pie de página, amén de las estricta-

mente literarias. Me detuve alarmado. Pese al rigor, y aún gracias a él, algo fallaba ahora en la lectura. Un prurito de anotación sistemática de cuanto nombre o dato hubiese introducido había terminado por deslizarse en una obra de contenido y finalidad por completo ajenos; la fluidez de la lectura se resentía. Comenzaba a leer éste desde la óptica en que releía mis otros libros, los jurídicos, deteniéndome en cada nota, comprobando cada referencia, interrumpiendo el hilo lógico, el sabor, el palpito de las palabras: de *mis* palabras. Entendí que la literatura sólo puede ser anotada por quien no la escribe y postergué títulos y referencias a un apéndice, mi *Cuaderno bibliográfico*, que querría como un regalo para quien, simplemente, guste de los libros como yo he gustado, a lo largo de una vida hecha de vida tanto como de libros, sin más intención que la de la pública constatación de una pasión, que, generosa, sólo busca compartirse con quien la sepa (o pueda) compartir. De tal modo, llevado por una intención así, sólo menciono, entre la *selva bibliográfica*, lo que he leído y, entre lo que conozco, lo que me gusta, y si en algún momento el amor excesivo por *esto* me lleva a despreciar *aquello*, discúlpeme quien pueda (o sepa) hacerlo. Quien no guste de mí o de lo que digo siempre puede hacérselo a mi salud.

El amor, del que nací curado en otros ámbitos, es compañero del exceso y los enamorados, aunque lo que amen sean libros, tienden a ser injustos. Recuérdese como yo lo he recordado. El amor es también el silencio del odio.